

# **La guerra contra Honduras de 1969: sus implicaciones con el problema agrario y el nacionalismo**

Carlos Gregorio López Bernal

---

## **Introducción**

**U**na característica notable del conflicto con Honduras es que permite una lectura en dos vías. Puede verse como la culminación de un período histórico que arrancó en 1948 y tuvo su mayor desarrollo en la década de 1950, y que estuvo marcado por un esfuerzo inédito por impulsar un proyecto de modernización en El Salvador. O la guerra con Honduras también puede interpretarse como el inicio de una crisis social que se gestó principalmente en la década de 1970 y condujo inexorablemente a la guerra civil.

## **El desarrollo agroindustrial en las décadas de 1950 y 1960**

Aunque en un principio tuve la intención de tratar únicamente el problema agrario, al trabajar un mínimo estado de la cuestión percibí que la dinámica agrícola en las décadas en cuestión es inseparable del proceso de industrialización impulsado en el marco de la integración centroamericana, de la cual El Salvador fue y sigue siendo el más insistente promotor.

En función de entender el proceso es determinante el decenio de 1950, porque en ella se crean las condiciones que darán sostén al proyecto integracionista, que fue un intento por buscar una salida a la creciente problemática agraria del país. A pe-

sar de que en términos generales la década de 1950 fue favorable para la economía (el PIB creció a un promedio de 4.5% anual) y la producción industrial aumentó considerablemente, el país seguía dependiendo de las exportaciones agrícolas, cuyo fundamento lo constituían el café y el algodón. Esta tendencia se mantuvo en el decenio siguiente. Es decir que a pesar de los considerables avances en la industrialización, el país seguía siendo eminentemente agrario.

Entre 1950 y 1961 la superficie cultivada aumentó 62 108 hectáreas, especialmente en tierras de labranza, las dedicadas al cultivo de granos. La mayor parte de ese crecimiento se hizo a costa de tierras marginales, lo cual explica que aunque se estaba usando más tierra y mejores semillas, los rendimientos no aumentarían.<sup>1</sup> Este desbalance tuvo varias causas, entre las más importantes están: el sostenido y alarmante crecimiento de la población y el uso de las mejores tierras para la ganadería y especialmente para el algodón. Por supuesto no debe descartarse la concentración de la propiedad. El 1% de las propiedades, constituido por las explotaciones más grandes, absorbía

---

1. Roberto Turcios, *Autoritarismo y modernización*, Dirección de Publicaciones e Impresos, San Salvador, 2003, pp. 164-165.

el 47% de la superficie total trabajada, mientras que el 85%, formado por unidades de menos de cinco hectáreas, solo representaban el 15% de la superficie total.<sup>2</sup>

Así, mientras la agricultura de subsistencia se mostraba incapaz de responder a las mínimas exigencias alimenticias de la población, la agricultura de exportación crecía considerablemente. Los crecimientos más espectaculares se dieron en el algodón, cuya producción pasó de 90 000 pacas en 1955, a 320 000 en 1963.<sup>3</sup> Todavía no se tiene una idea clara de los daños ecológicos causados por el uso irracional de insecticidas y fertilizantes químicos, tampoco se han estudiado a profundidad los daños causados en la salud de los pobladores que se vieron obligados a aspirar, beber y comer insecticidas por medio del aire, el agua y los alimentos contaminados. La ganadería también se desarrolló considerablemente, gracias al creciente consumo de carnes en los Estados Unidos que conllevó el aumento de los establecimientos de comidas rápidas. No hay duda de que el algodón y el ganado «expulsaron» a los pobladores de la costa

---

2. *Ibíd.*, 166.

3. Knut Walter, "Ideales igualitarios y autodeterminación", en *El Salvador. La república*. Tomo II, Fomento Cultural Banco Agrícola, San Salvador, 2000, p. 487.

hacia los asentamientos marginales urbanos y hacia Honduras.<sup>4</sup>

En términos macroeconómicos la ampliación de la capacidad productiva del país fue positiva. Si en el quinquenio 1950-1955 el PIB creció un 4.5%, en el quinquenio 1960-1965 alcanzó un admirable 7.7%. Los logros son más modestos si se toma el PIB per cápita, que fue de 1.8% y 4.2% respectivamente.<sup>5</sup> Sin embargo, estos logros se quedaban cortos ante el enorme crecimiento de la población, que pasó de 1 951 000 habitantes en 1950, a 3 598 000 en 1970. La población se duplicó en escasos veinte años. Vale señalar que el crecimiento fue mayor en el área rural. Si a esto se le agrega la inexistencia de una frontera agrícola que pudiera absorber la demanda de tierras —como sucedía por ejemplo en Costa Rica—, y la creciente concentración de la propiedad, el panorama futuro no era nada halagador.

Ante tal disyuntiva se tenían varias alternativas. Entre ellas fomentar la industrialización de tal manera que pudiera absorber la creciente oferta de mano de obra y paralelamente impulsar la integración centroame-

ricana a fin de contar con un mercado que no se tenía localmente. Para alcanzar ese objetivo era necesario aumentar la producción industrial.

Por otra parte, también podía intentarse una reforma agraria (que se venía anunciando desde 1952), pero que cada vez se posponía ante el rechazo que esa idea generaba entre los grandes terratenientes. Entre tanto Honduras seguía funcionando como una válvula de escape que aliviaba la presión sobre la tierra en El Salvador.

Sin embargo, esa válvula se cerró curiosamente como producto del éxito de la iniciativa del MERCOMUN; los industriales hondureños fueron incapaces de competir con los salvadoreños que rápidamente dominaron el mercado hondureño. La guerra y la expulsión de salvadoreños que la acompañó simplemente vinieron a agravar la crisis del agro, a tal grado que en agosto de 1969 la Conferencia Episcopal Salvadoreña llamó a los terratenientes a promover una distribución más equitativa de la tierra, mediante la venta voluntaria de tierras ociosas.<sup>6</sup> No es de extrañar que después de la guerra se convocara al Primer Congreso sobre Reforma

---

4. Para la década de 1970 la población de San Salvador se duplicaba cada once años.

5. *Ibíd.*, p. 490.

---

6. Knut Walter, "Heridos por la historia: La retórica de la intransigencia. 1972-1979", En *Ibíd.*, p. 550.

agraria, el cual fue boicoteado por el gran capital, con lo que se perdió una oportunidad de buscar una salida a los problemas del agro.

### **La guerra y los arrebatos del nacionalismo salvadoreño**

Uno de los factores que más contribuyó al conflicto fue el nacionalismo que desde diferentes espacios se propagó hasta el grueso de la sociedad salvadoreña. Es de suponer que algo parecido sucedió en Honduras. En cuestión de meses el discurso nacionalista se desarrolló hasta la irracionalidad, lo que anuló cualquier intento de análisis objetivo y sereno de la problemática que enfrentaban a ambos países.

La vorágine nacionalista —más bien chovinista— arrastró tanto a los dirigentes como a las masas. En ese proceso, en el que terminó imponiéndose la irracionalidad, tuvieron un papel muy importante los medios de comunicación, especialmente la radio y la prensa escrita. No debe olvidarse que para entonces Honduras y El Salvador también estaban inmersos en una competencia futbolística, disputando una plaza para un mundial de fútbol.

Aunque en algunos estudios se ha minimizado y hasta ridiculizado

ese aspecto, no debe desdeñarse el impacto que los deportes de masas tienen en la exacerbación del nacionalismo y las lealtades nacionales. En el furor de una competencia deportiva, los equipos nacionales encarnan el honor y el orgullo del país al cual representan. Si esto es evidente en una simple competencia deportiva, lógicamente es mucho mayor en un contexto de enfrentamiento entre países como el que se vivía en aquellos años. Es fácil percibir en la prensa que las selecciones de fútbol se jugaban algo más que el pase a un mundial, en el cual, a juzgar por los resultados, cualquiera de ellas que ganase estaba condenado a hacer simplemente el ridículo, como realmente sucedió.

Al hacer estas consideraciones no quiero decir que no hayan existido abusos por parte de los hondureños en contra de los salvadoreños residentes allá, pero es evidente que esos abusos y los problemas suscitados en torno a los partidos de fútbol fueron magnificados por los medios de comunicación. Si a lo anterior se agregan los conflictos comerciales existentes entre ambos países y las demandas de organizaciones campesinas en Honduras por reforma agraria (cuya solución, según los terratenientes, fue quitarles la tierra a los salvadoreños que la venían ocu-

pando desde muchos años atrás), es evidente que el nacionalismo tenía un extenso y fértil campo de cultivo.

Ernest Gellner señala que el *nacionalismo* debe ser entendido como: «Una teoría de la legitimidad política que prescribe que los límites étnicos no deben contraponerse a los políticos, que no deben distinguir a los detentadores del poder del resto dentro de un estado dado».<sup>7</sup> Haciendo algunas precisiones es posible usar esa definición para entender el problema en cuestión.

Ante la «amenaza» real, pero magnificada, que se cernía sobre el país, el nacionalismo vino a ser el cemento que cohesionó al país en torno al Gobierno y el Ejército, naturalmente llamado a convertirse en defensor de la nación. Esa unidad se construyó por encima de las diferencias políticas, sociales o económicas que atravesaba el cuerpo social. En esos momentos se imponía la solidaridad forjada en torno a la lealtad nacional; todos los salvadoreños eran hermanos. Es muy significativo el hecho de que en las incursiones aéreas contra objetivos hondureños hayan participado civiles salvadoreños que pilotearon, por su cuenta y ries-

go, catorce avionetas Cessna de su propiedad, los cuales bombardearon poblados hondureños cercanos a la frontera. Esta era una forma de decir, ricos y pobres estamos dispuestos a arriesgar la vida en defensa del país; claro los pobres no iban en avión, sino a pie.

Por supuesto ese nacionalismo se manifestó de diferentes maneras, desde los comunicados oficiales, los discursos e imágenes propalados por los medios de comunicación, hasta los chistes y epítetos con que los sectores populares ridiculizaban y calificaban a los hondureños. Pero en todo caso, se dejó por fuera el análisis; situación lógica, dado que en tales circunstancias predomina más lo emotivo que lo racional.

Un gol anotado a la selección contraria, la imagen de una familia salvadoreña expulsada, o la de un soldado que marcha al frente de batalla, o la irónica crónica recogida por Roque Dalton en la que se advierte a los salvadoreños que la GLOSTORA (de fabricación hondureña) producía caspa, o el himno nacional cantado por una multitud, son simples variantes —todas efectivas— de un megadiscurso que buscaba cohesionar a la sociedad para enfrentar al enemigo de la patria. A tal grado llegó la exaltación nacionalista que

---

7. Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismos*, Alianza Editorial, Madrid, 1983, p. 14.

incluso la izquierda se plegó a la defensa nacional.

No es muy arriesgado afirmar que el siguiente extracto del discurso que dio el presidente Sánchez Hernández al inicio de las acciones militares contra Honduras recogía el sentir de muchos salvadoreños:

Durante varias semanas hemos soportado, con creciente indignación, actos contrarios al derecho de gentes como son: atropellos en vidas y bienes de miles de salvadoreños residentes en Honduras, asesinatos, violaciones, incendios, saqueos y vejámenes de toda clase... El éxodo de salvadoreños continúa y suma hasta hoy más de diecisiete mil personas... No se puede transar con el honor de la república. Ninguna nación que valore su propia dignidad puede permitir que impunemente se violen sus fronteras y se masacre a sus hijos.<sup>8</sup>

La exaltación nacionalista se mantuvo aun después de que la Organización de Estados Americanos (OEA) logró el cese del fuego. Pocas

---

8. Citado por Arturo Castrillo, "La guerra con Honduras", en *El Salvador. La república*, Tomo II, pp. 504-505.

veces el país ha vivido tal comunión de sentimientos como la que se dio con ocasión del llamado «desfile de la victoria», cuando se recibió a las tropas que habían combatido en Honduras. No es de extrañar entonces que se decidiera cambiar el nombre de una de las principales calles de la ciudad. El bulevar Juan Lindo, nominado así en honor de uno de los presidentes de El Salvador en el siglo XIX, de origen hondureño por cierto, pasó a llamarse Bulevar de los Héroes y en él se montó el monumento que está a la altura del centro comercial Metrocentro.

Igualmente es necesario señalar el apoyo y reconocimiento que ganó el Ejército, que fue visto como el defensor de la soberanía nacional, reconocimiento que también fue capitalizado —por lo menos en el corto plazo— por el partido en el Gobierno (PCN, actualmente en proceso de extinción). A pesar de las denuncias de fraude que hizo la oposición en las elecciones presidenciales de 1972, es evidente que para entonces el PCN, aún contaba con el apoyo de buena parte de la población, especialmente entre los campesinos afiliados a ORDEN.

Sin embargo, el fervor nacionalista no podía ocultar por mucho tiempo los problemas del país, agravados por el esfuerzo bélico. La pérdida del

mercado hondureño, la expulsión de miles de salvadoreños —la mayoría campesinos— que volvían a un país en el que la tierra era cada vez más escasa, y el quiebre del MERCOSUR dieron al traste con el proyecto de desarrollo que se venía impulsando desde la década de 1950. Aunque en los medios oficiales se insistió en presentar la guerra como una victoria para El Salvador, rápidamente se hizo evidente que más bien había sido el gran perdedor.

La guerra quebró el incipiente proyecto de integración regional, que para entonces se veía como una salida a los problemas que enfrentaba El Salvador. La mediación de la OEA dio lugar a un largo litigio inter-

nacional, que llevó al país de derrota en derrota, debido a la incapacidad del Estado para sostener sus reclamos territoriales, el último de cuyos episodios se dio el año pasado, cuando la corte de La Haya rechazó la pretensión salvadoreña de revisar un fallo anterior sobre un bolsón ubicado en La Unión. Si algún día se llegase a saber la cantidad de dinero que el país invirtió en esos litigios, fácilmente se llegaría a la conclusión de que hubiese sido mejor negociar con Honduras su compra a precio de oro. Pero seguramente no faltará algún nacionalista trasnochado que alegue que «el honor y la soberanía nacional» no tienen precio.